

Reconsideración de la Teoría de Park Sobre la Marginalidad

*Por Alfred McCLUNG LEE, del
Brooklyn College, de Nueva York.
Trabajo preparado especialmente
para el III Congreso Nacional de
Sociología. Traducido por Angela
Müller Montiel.**

ROBERT Ezra Park, notable sociólogo de la Universidad de Chicago, introdujo formalmente en 1928¹ la concepción del “hombre marginal” en la literatura angloamericana sobre ciencia social.

Park había expuesto la explotación de los nativos del Congo, había acompañado al gran negro Booker T. Washington en los viajes que éste realizara por diversas partes del mundo con el objeto de encontrar al “hombre que se encuentra colocado más abajo”, y había realizado continuamente investigaciones de primera mano en la naturaleza de la sociedad humana tal y como se daba en los Estados Unidos y en otros muchos

* El doctor Lee es profesor de sociología y antropología, y presidente del Departamento en el Brooklyn College de Nueva York; es, además, profesor visitante de sociología, y ha sido graduado en la Escuela de Artes y Ciencias de la Universidad de Nueva York. Es vicepresidente de la Sociedad para el Estudio de los Problemas Sociales y presidente del Comité para el Estudio de las Normas y la Ética de la Investigación de la American Sociological Society. Su último libro: *How to Understand Propaganda* acaba de ser publicado por Rinehart.

1 Park, R. E., “Human Migration and the Marginal Man” *American Journal of Sociology*, 33, 1927-28: 881-893. Reimpreso en Park, R. E., *Race and Culture*, ed. por E. C. Hughes *et. al.* (Glencoe, Illinois, Free Press, 1950), pp. 345-356.

lugares del mundo.² De ahí que su concepción del “hombre marginal” derivara de una observación que se refería a personas que eran marginales con respecto a culturas o tradiciones étnicas tan notablemente diferentes.

Park³ definió al “hombre marginal” como a “aquel hombre colocado en el margen de dos culturas y dos sociedades que nunca se interpenetraron ni fundieron completamente”. Se refirió al judío emancipado como “el hombre histórica y típicamente marginal, primer cosmopolita y ciudadano del mundo”. Otras personas mencionadas por él eran gente de origen racial y étnico mixto en su pasado inmediato. Park⁴ insistió siempre en que “aquello que los sociólogos necesitan saber por encima de todas las cosas es lo que sucede detrás de los rostros humanos, aquello que hace que la vida de cada uno de nosotros resulte aburrida o interesante.” De ahí que subrayara la importancia de la marginalidad⁵ al considerarla como “el conflicto de culturas tal y como se realiza en la mente del inmigrante”; a este conflicto, le llamó “el conflicto de la ‘personalidad dividida’, entre la antigua y la nueva personalidad”. Respecto de este mismo conflicto interno llegó a concluir que “frecuentemente carece de salida satisfactoria”, por lo que casi siempre “termina en una total desilusión”.

Este mismo “sentido de dicotomía y conflicto moral” es —según hace notar— “muy probablemente característico de todos los inmigrantes, durante el período de transición en que los antiguos hábitos se descartan y en que aún no se forman los nuevos, con lo que resulta inevitable un período de tumulto moral interno y de tensión muy intensa”.

Pero Park se percata de que, a más de esta inestabilidad espiritual, de esta autoconciencia intensificada, de esta inquietud y ese malestar, “es en la mente del hombre marginal —en donde se realizan los cambios y fusiones culturales— donde mejor puede estudiarse el proceso de la civilización y del progreso”.

Como sociólogo inquieto e inquisidor, Park⁶ sabía que la marginalidad —al igual de otras concepciones sociológicas— es variable y no

2 Park, R. E., “An Autobiographical Note”, pp. v-ix, y E. C. Hughes, “Preface”, pp. xi-xiv, en Park, *Race and Culture*, *loc. cit.*

3 “Human Migration and the Marginal Man”, *op. cit.*, p. 354.

4 “An Autobiographical Note”, *op. cit.*, p. vi.

5 “Human Migration and the Marginal Man”, *op. cit.*, pp. 355-356.

6 *Ibid.*

absoluta, tal y como se la encuentra en la sociedad. Así fué como, de paso, hizo notar que “sin duda existen períodos de transición y crisis en la vida de todos nosotros, que son comparables a los que sufre el inmigrante cuando deja su hogar para buscar fortuna en un país extraño”. Con todo, no siguió lo suficientemente lejos esta línea de investigaciones, según se desprende del análisis de sus publicaciones. Según esto, en sus escritos, el “hombre marginal” aparece principalmente como un tipo ideal, que se identifica a una categoría de marginalidad tomada con respecto a culturas ampliamente diferentes.

En una afirmación suya ulterior,⁷ Park define su término en una forma más concreta cuando le hace equivalente de “tipo de personalidad que surge en un tiempo y en un lugar determinados en los que, del conflicto de razas y culturas nacen nuevas sociedades, nuevos pueblos y nuevas culturas. El destino que condena a hombres de este tipo a vivir al mismo tiempo en dos mundos, es el que los obliga a asumir en relación con los mundos en que vive, el papel de un cosmopolita y de un extranjero. Invariablemente se convierte —en relación con su medio cultural— en un individuo con un horizonte más amplio, una inteligencia más aguda y puntos de vista más racionales y objetivos”. El hombre marginal es, por tanto, “un producto incidental de un proceso de aculturación que inevitablemente se produce cuando se unen para llevar una vida en común, pueblos de razas y culturas diferentes”.

La idea de la marginalidad o el concepto del hombre marginal como tipo ideal tiene su utilidad, ya que, gracias a ella, Park señala vívidamente el conflicto de culturas que se desarrolla “tras los rostros de los hombres”. Sin embargo, la marginalidad de personas y grupos en el seno de la sociedad es variable, y los contrastes culturales evidentes no son los únicos contrastes culturales significativos que existen y que tienen consecuencias de largo alcance en la formación y modificación de la personalidad, y en la definición del pensamiento y de la conducta.

El sociólogo John F. Cuber⁸ da la voz de alarma frente al peligro de “una *reductio ad absurdum* del concepto del hombre marginal que cubriera la desorganización personal debida a toda clase de conflictos entre

7 “Introduction”, pp. XIII-XVIII, a E. V. Stonequist, *The Marginal Man*. (New York: Charles Scribner's Sons, 1937), pp. XVII-XVIII.

8 “Marginal Church Participant”, *Sociology and Social Research*, 25 (1940): 57-62, p. 58.

los segmentos culturales. Y, sin embargo añade, “podría resultar útil el hacer notar que las manifestaciones del comportamiento de un esquizo-frénico, podrían ser tanto el resultado de un conflicto cultural como del hibridismo racial del judío”.⁹

Por tanto, señala la posibilidad, ya indicada ligeramente por Park de usar el concepto en relación con la marginalidad “con referencia a dos o más normas culturales antagónicas *dentro de una determinada cultura*”.

Según espero poder indicar en los párrafos siguientes, considerar a la marginalidad como variable de la personalidad, la estructura social, la cultura y la subcultura o cultura grupal, puede proporcionar un elemento adicional útil para nuestro marco conceptual de referencia destinado al entendimiento de ciertos aspectos, tanto de la criminología, como de la invención: la investigación científica, la educación liberal, la psicopatología y otras formas especiales de tratamiento de las desviaciones personales y grupales.

No debe considerarse que el “hombre marginal” de Park, el “grupo marginal”, así como otras concepciones antiguas tales como la de “zona marginal”,¹⁰ “sociedad fronterera”,¹¹ y “cultura marginal”¹² deban verse como si fueran conceptos que no tuvieran entre sí ninguna relación, o como si la que tuvieran fuera muy vaga. La idea de marginalidad debe ser considerada en una forma unitaria, para relacionarla en seguida con los fenómenos inmediatamente interdependientes de la personalidad, la cultura, la estructura social y la distribución ecológica. Alexander Golden-

9 Véase: Read Bain, “Our Schizoid Culture”, *Sociology and Social Research*, 19 (1935): 266-276, y “Cultural Integration and Social Conflict”, *American Journal of Sociology*, 44 (1939-40): 499-509.

10 Tal como fué introducida por Alexander Goldenweiser, “Cultural Anthropology”, pp. 210-254 en su obra *The History and Prospects of the Social Sciences*, New York, 1925, y “Anthropology and Psychology”, pp. 69-88 en su obra *Social Sciences and their Interrelations*, New York, 1927, impresa nuevamente en la obra de Goldenweiser, *History, Psychology and Culture*. New York, 1933, pp. 121-164, 71-86.

11 Véase W. G. Sumner, “Advancing social and political organization in the United States”, que se completó en 1897 en la obra *The Challenge of the Facts and Other Essays*. New Haven, 1914, p. 289; A. G. Keller, *Societal Evolution*, cap. 9, y Leyburn, *Frontier Folkways*, 1935.

12 Véase Milton M. Goldberg, “A Qualification of the Marginal Man Theory”. *American Sociological Review*, 6, 1941, pp. 52-58.

weiser¹³ apuntaba en esta dirección al concluir que “psicológicamente, un área marginal no es sino un tipo de área cultural, ya que su contenido cultural es tan unido y valioso para sus portadores humanos, como el de un área cultural completa”. De otra parte, los párrafos de Park anteriormente citados apuntan también en el sentido de esa unificación.

Un negro, un portorriqueño, un judío o un irlandés católico en los Estados Unidos podrá tener una identificación, ya sea profunda o superficial con su grupo étnico o etnoide,¹⁴ así como un mayor o menor grado de asimilación por lo que respecta a la mayor parte de su clase social; pero, aun cuando incluso pueda entrar a una nueva capa etnoide no podrá separarse completamente de sus matrices subculturales.¹⁵

Una persona que ha cambiado de clase social por haber ascendido o descendido tiene, a pesar de todo, una cierta participación en las diversas clases con las cuales ha estado identificada. Aun cuando posiblemente se sentirá en una situación marginal respecto de ellas, todos los grupos con los que ha estado o está asociado dejan una huella en su personalidad. La conciencia de ser un “parvenu” puede ser reprimida, pero nunca quedar totalmente eliminada de la mente de estas personas.

De todo lo anterior se desprende como corolario importante el que solamente al través de algún tipo de marginalidad cultural, es posible llegar al “punto de vista más objetivo y racional” que encontró Park en lo marginal. Es así como los sabios creadores —y no los simples censadores e “ingenieros humanos”— son personas culturalmente marginales.

Naturalmente esto no quiere decir ni remotamente que todas las personas culturalmente marginales tengan por ello títulos para convertirse en científicos, puesto que la marginalidad cultural conduce también a la desilusión y a la desorganización, según indiqué anteriormente. Entre los culturalmente marginales, se encuentran numerosos individuos que son criminales, psiconeuróticos, desorganizados, radicales, o, en el otro extremo, creadores.

13 *Cultural Anthropology, loc. cit.*, p. 156.

14 Véase la discusión del autor sobre lo etnoide, en su artículo “Sociological Insights Into American Culture and Personality”, *Journal of Social Issues*, 7-4, (1951), 7-14, especialmente pp. 10-12.

15 Sobre esto, véase, entre otros, John Dollard, *Criteria for the Life History*, (New Haven, 1935), especialmente capítulos 1 y 2, y T. M. Newcomb y W. W. Chartres, *Social Psychology*. New York, 1950, pp. 539-43.

La pura marginalidad no basta para explicar o predecir la clase de desviación personal que pueden desarrollar un individuo o un grupo determinados. La reunión de diversos elementos culturales en las mentes de los individuos tiene —según se ha demostrado con frecuencia— un efecto fortísimamente estimulante sobre los procesos mentales; ayuda, en efecto, a demoler las barreras tradicionales, y permite la aparición de nuevas síntesis, nuevas formas de pensamiento y acción. Pero también, como dependiente de las características psicológicas de los individuos y de los acontecimientos vitales, puede producir también la desorganización y la aparición de tendencias antisociales.

¿Cómo se obtiene la marginalidad cultural o cómo se cae en ella? ¿Cómo explicar el que no todos los individuos marginales sean objetivos, o racionales, o desorganizados? Todos estos son problemas arduos, y, por ello, nos conformaremos con anotar las formas en que las personas devienen marginales para relacionar después la marginalidad con ciertas formas principales de desviación y, muy particularmente, con la criminalidad.

Los individuos adquieren cierto grado de marginalidad cuando confrontan situaciones críticas, dentro de las cuales sus normas culturales no responden a las que ellos consideran como sus necesidades, o bien, cuando conociendo modos diversos, propios de una clase aparentemente superior o más atractiva, dejan de sentirse satisfechos con la manera en que satisfacían sus necesidades personales y sociales; de este modo es como llegan a aceptar, parcial o totalmente, normas culturales de otro grupo o sociedad. Estas normas les dan una valencia más en la complejidad multivalente de las actitudes, necesaria para el ajustamiento personal a la sociedad moderna.¹⁶

Los tipos de situación en los que nuestra cultura puede fallar dramáticamente o aparecer como menos adecuada o atractiva en el enfrentamiento a las condiciones de vida individual o grupal son, principalmente, las ocho siguientes:

16 Respecto de la multivalencia de actitudes ver: "A sociological discussion of consistency and inconsistency in intergroup relations". *Journal of Social Issues*, 5 (1950): 12-18, y "Level of culture as levels of social generalizations". *American Sociological Review*, 10 (1945): 485-495 y "Social Determinants of public opinion" *International-journal of opinion and attitude research*, 1 (marzo 1947): 12-19.

1. *Cambio social*, o sea, aquella modificación de las condiciones básicas de vida de una sociedad, que la obligan a modificar drásticamente algunos aspectos de su cultura;

2. *Reajuste intergrupala*, o sea, cuando una clase, una casta u otro grupo cualquiera se ve obligado a modificar básicamente su ajuste con respecto a otros grupos;

3. *Migración*, o sea, cuando emigran las personas o grupos de un país o área étnica a una bien distinta;

4. *Movilidad personal dentro de una sociedad*, o sea, cuando las personas cambian su status relativo y su modo de ajustamiento a la estructura de la sociedad;

5. *Crisis personal*, que se presenta cuando una experiencia personal traumática lleva a la persona a la realización de un ajuste drásticamente

6. *Conversión*, o sea cuando una persona sufre una conversión y se afilia a una secta diferente, sobrenatural o intelectual de tipo emocional absorbente.

7. *Psicoterapia*, o sea, cuando una persona sufre una experiencia educativa psiquiátrica, ya sea esta individual o de grupo, y

8. *Educación*, o sea, cuando las personas se dejan absorber por experiencias y materiales instructivos que contrastan con su ambiente cultural.

Estos caminos abiertos hacia la marginalidad cultural están muy lejos de ser mutuamente exclusivos ya que, por ejemplo, cuando una persona sufre una experiencia terrible, puede decidirse a emigrar, hacerse miembro de un culto, movilizarse dentro de la estructura social, buscar la ayuda de un psiquiatra o de un clínico, o inscribirse en alguna escuela o universidad, o tomar cursos especiales. Además, muchas de esas vías de acceso a la marginalidad se asemejan: el aprendizaje de nuestras escuelas es muy parecido a la conversión; los maestros experimentados tienen más de una característica que les asemeja a los clínicos prácticos.

Los aspectos de la educación que provocan la marginalidad no quedan restringidos a las ciencias sociales y a la psicología y la psiquiatría; las artes, las humanidades, las ciencias físicas y las ciencias biológicas ofrecen asimismo grandes y saludables experiencias emocionales e intelectuales. Pintar, tocar buena música, leer buena literatura, experimentar en algún laboratorio o en otro terreno, y tratar de escribir, son experiencias que rompen las barreras intelectuales y culturales.

Como puede verse, no hay barreras netas entre las diversas formas de marginalidad, sin embargo, puede precisarse un tanto lo que se significa por cada una de las ocho formas de llegar a la marginalidad, por medio de los ejemplos siguientes:

1. *Cambio social*.—Se produce entre otras cosas como resultado de un impacto del cambio tecnológico, según ocurre, por ejemplo, con la transformación de los medios mecánicos de control de la natalidad, con la aparición y mejoramiento del automóvil, o con la fabricación y utilización de la bomba atómica. A lo cual hay que agregar que dicho cambio social influye en las personas con diferentes grados de intensidad, y en formas distintas.

2. *Reajuste intergrupal*.—Dicho reajuste puede observarse, por ejemplo, en el caso de la depresión de la clase media que en el mundo occidental empezó a sentirse conforme avanzaba la post-guerra y la cual está trayendo como consecuencia importantes reajustes en la estructura de las clases, en las normas de vida, y, en general, en toda la forma de vivir de la gente de la clase media.

3. *Migración*.—El camino que la migración representa hacia la marginalidad es un renglón del que todos los países de América tienen prácticamente numerosos y constantes ejemplos.

4. *Movilidad personal dentro de una sociedad*.—Esta es otra vía de acceso a la que estamos muy acostumbrados, ya que quienes trepan y quienes caen se encuentran por doquiera en las sociedades relativamente abiertas de los países occidentales.

5. *Crisis personal*.—Esta condicionante puede ser el producto de la desorganización de la familia, debida a muertes repentinas, a una catástrofe general, a la depresión, a la invasión o al hambre.

6. *Conversión*.—Renglón en el que hay que considerar no solamente el aspecto de la conversión religiosa, ya que tanto los psicólogos como los sociólogos han hecho observar las semejanzas existentes entre la conversión a un culto religioso y la conversión a un culto intelectual, como puede serlo el comunismo moderno fuera de la URSS.

7. *Psicoterapia*.—En la psicoterapia, el grado de necesidad, aunado al alto grado de control posible en dichas situaciones, hace posibles los profundos “cambios mentales” que tanto importan para nuestro estudio.

8. *Educación*.—Para nuestros fines, es a la educación liberal, con sus posibilidades de libertad y de crecimiento intelectual, a la que se hace referencia especial, y no a la inculcación ritualista.

Todo esto, por cuanto se refiere sumariamente a los descubrimientos hechos en el terreno de la marginalidad. Tras dicho resumen, pasaremos a ocuparnos brevemente de la criminalidad y de su carácter para pasar seguidamente a la relación entre marginalidad y criminalidad.

La criminalidad ha sido estudiada desde muchos puntos de vista; sin embargo, sólo cuando se deja de considerarla desde el ángulo de su relación con los barrios bajos, y deja de enfocarse la atención hacia el ratero, el transgresor o el criminal de clase baja, es posible estudiar realmente la criminalidad, y no solamente algunos de los aspectos curiosos del tema. Sólo entonces, la criminalidad es, sociológicamente algo más que un conjunto de atributos curiosos de los penados o de quienes están libres bajo palabra; la criminalidad adquiere plenamente su carácter de conjunto de formas de conducta consideradas socialmente como una amenaza para el bienestar social; es una forma de conducta que, cuando se revela a quienes no la comprenden o a quienes no la aceptan, resulta una violación a los más profundos principios morales de la sociedad, la cual protege la propiedad, la estabilidad social, y otros intereses humanos.

La criminalidad no se reduce a la propensión hacia la violación sexual, el asesinato, el asalto o el robo, sino que, más frecuentemente y como más importante por los gastos que origina a la sociedad, se manifiesta como cohecho y brutalidad política, como complicidad entre la policía y los elementos judiciales de una parte y los criminales de la otra, como cohecho profesional, como comercio sexual ilegal, como robo dentro del comercio, como juego ilícito, etc. La importancia de estos aspectos resalta sí, con propósito ejemplificador, consideramos que los sindicatos de jugadores—en parte legales y en parte ilegales y casi siempre supragubernamentales— controlan, entre todos, fondos más cuantiosos que los presupuestos de las más ricas sociedades anónimas y de los mismos estados, a lo que hay que agregar que tienen también profundos intereses en el funcionamiento de los negocios “legales” y de la política.

Todas estas prácticas, aunque condenadas y temidas por la sociedad, son consideradas como adecuadas, o, por lo menos, como necesarias en diversos grupos de la sociedad. Ningún estudioso puede ser tan cándido como para dudar de que los estudiantes expulsados en 1951 de West Point por hacer trampas, representan un porcentaje muy reducido del

total de alumnos tramposos. Las trampas como formas de conducta constituyen ya parte de las costumbres de ciertos grupos y clases, y, lo que es peor, ciertos grupos y clases de la sociedad preparan a sus miembros para que practiquen esas formas criminales de conducta. Si se prefiere, se puede llamar a este tipo de conducta criminal no descubierta, *criminoide*; pero, para las finalidades de este artículo, dicha denominación no representaría sino una complicación innecesaria.

La frecuencia de estos tipos de conducta, muestra que la criminalidad está profundamente enraizada en la cultura, la personalidad y la estructura social de la sociedad occidental. Alfred C. Kinsey y sus colaboradores consideran que quienes violan las leyes sexuales constituyen casi un 100% de los integrantes de la sociedad. Si se estudian otras zonas morales, quizás pudiera encontrarse un pequeño grupo de santos cuyos superegos morales estuvieran tan perfectamente definidos y fuesen tan dominantes, que los librarán de lo que la sociedad llama crimen; con todo, los psicólogos se verían ciertamente en apuros para descubrir esas personalidades. . . , y para certificar acerca de ellas.

El comercio activo, la realización de obras, el individualismo, la competencia, la agresión, etc., son rasgos que se inculcan a los muchachos y muchachas en el comercio, en el trabajo fabril, en la granja e incluso en el seno mismo de las familias; estas características enraizan profundamente en sus mentes así como en las costumbres de sus grupos. Con las tensiones propias de la guerra y los temores, se borra la delgada capa moral que ordinariamente recubre las aplicaciones constantes de estas características de clases; de donde la gran amplitud y profundidad que ha alcanzado la "inmoralidad de los altos círculos".

Quienes ni en la paz ni en la guerra pueden moverse de acuerdo con las costumbres y reglas de un negocio, una organización militar, obrera o profesional, y, simultáneamente utilizar con propiedad y éxito la capa protectora que proporciona la moral social, es muy probable que lleguen a ser designados como *criminales*, y, si se les llama así, no es porque hagan algo muy distinto de lo que los demás hacen, sino porque no han resultado capaces o han resultado torpes en la aplicación de una "técnica" especial. Los individuos culturalmente marginales son probablemente los rezagados, lo mismo que quienes tienen una moral muy elevada, los indiferentes y racionales, o los desorganizados. Los no marginales culturales constituyen la masa de los hombres "normales y sosos" a quienes nada distingue.

Una persona puede ser considerada como criminal, ya sea porque al cambiar las condiciones de vida no comprende bien la forma en que debe ajustarse a los cambios, o bien porque no quiere cambiar por considerar el cambio como inmoral. Un comerciante o un líder sindical que en 1952 opere como operaría en 1902 o en 1927, podría ser considerado como criminal; en cambio, si el mismo sabe aprovechar los beneficios de nuestro moderno modo de pensar acerca de las relaciones públicas, si sabe dramatizar sus supuestas virtudes cívicas y disimular sus defectos, es posible que se le ensalce hasta la cúspide de la sociedad en vez de que lo manden a la cárcel.¹⁷

De ahí que la criminalidad solamente pueda comprenderse sociológicamente en relación con la escala de culturas y subculturas (o culturas de grupo) que se encuentran en una sociedad, y de sus interrelaciones con la cultura social dentro de la organización social, y con los otros factores de la personalidad, especialmente el grado y tipo de marginalidad de las personas en cuestión.

Cada grupo principal (casta y clase en particular) tiene generalmente dentro de sí un número substancial de personas no marginales, a más de aquéllas que sí son marginales en diferentes grados y formas. El hecho de que cada clase social proporcione patrones consuetudinarios de conducta considerados —cuando son visibles— como inmorales, por la sociedad, no tiene mucha importancia para el no-marginal. Para este individuo, tanto las costumbres de su clase como la moral de la sociedad, son “naturales” y, desde luego, racionalizadas en las costumbres populares.

Para aquellos cuya marginalidad adquiere la forma de adhesión extraordinaria a la moral social —lo cual constituye un producto de la falta de asimilación a las subculturas normales de grupos de edad durante la maduración del individuo, y consecuentemente una superevaluación de las enseñanzas de las agencias sociales— las moras de clase tienen que ser rechazadas, o sujetas a una revisión crítica, selectiva.

Para quienes la marginalidad toma la forma de una adhesión extraordinaria a la moral de la clase —lo cual es un producto de la superasimilación a los grupos de edad durante la maduración, y consecuentemente una infravaluación o rechazo de las enseñanzas que brindan los organismos sociales—, las costumbres inmorales de clase pueden ser se-

17 Véase la obra del autor: *How to understand propaganda*, New York, 1952, capítulo 4.

guidas sin prestar la debida atención a la técnica y racionalización con las cuales la sociedad satisface sus exigencias morales.

De estos dos grupos de individuos marginales, salen los que llegan a ser arrastrados a lo que la sociedad llama crímenes contra sus leyes; en el primero, se encuentran los agitadores oportunistas, y en el último —según la clase a que pertenezcan— los que reciben sobornos, los ladrones, los rateros, etc.

De esta forma, hemos tratado de presentar una breve síntesis preliminar de descubrimientos teóricos que esperamos haya resultado suficientemente breve; tiene, sin embargo, algunos aspectos de un estudio más amplio que el autor está desarrollando. Con todo, esperamos que este informe sirva para indicar las posibilidades que presenta la reconsideración de la teoría de la marginalidad, especialmente para los criminólogos.